

XVII.

Para no herir ninguna susceptibilidad, Leona, aunque ya era condesa de Orchamps, se abstuvo de ver á su hija durante los pocos días que mediaron entre los dos matrimonios. Además, hizo saber al señor Dubreuil que no tenía intención de asistir á la iglesia ni á la alcaldía el día de la celebración.

Cuando comunicaron esta resolución al señor de Clairvaux padre, respondió que él no exigía semejante sacrificio, y que aceptaba francamente la situación. La condesa de Orchamps podía acompañar á su hija á la iglesia y sentarse á su lado. Leona dió las gracias al señor de Clairvaux; pero declaró que no cambiaría en nada sus proyectos, y que mantenía su primera determinación.

El día del casamiento llegó. Después de haber dormido apenas, Lucía Aubré se levantó temprano. Quería vivir con el pensamiento fijo solamente en su hija. Quería verla á través del espacio que las separaba, y se decía:

—¡En este momento está haciendo su última oración de soltera, y pide á Dios que bendiga su matrimonio. Ahora está examinando su traje de desposada, y sonríe.... Ahora va á ponérselo.... ¡Ah! ¡si yo pudiese ayudarla á vestirse, me parece que estaría aún más bonita, más seductor!

La hora se iba acercando, y Leona la veía ya con su vestido de larga cola, resplandeciente de blancura y de pureza, como la casta frente de la que le llevaba. Trataba de leer en aquel corazón, y decía:

—¿Encerrará un pensamiento para mí?

El matrimonio debía celebrarse á las doce, y serían las once cuando Leona oyó que llamaban en su casa.

¿Quién se atrevía á turbar su tranquilidad en día como aquel?... Quizá Nanteuil ó Desobry, que habían pensado que sería feliz un rato hablando de su hija con sus únicos amigos; pero de pronto la puerta se abrió, y apareció el señor Dubrenil dando el brazo á Luísa.

—Aquí os la traigo (dijo el Banquero). Tenéis media hora que aún falta para la ceremonia, y ese tiempo podéis estar juntas.... Os dejo, por-

que me esperan en la iglesia y tengo algunas instrucciones que dar.

Leona no podía hablar, porque la alegría la sofocaba; pero hizo un esfuerzo, y trató de murmurar algunas palabras de agradecimiento.

—No me déis las gracias á mí (replicó el señor Dubrenil, mostrando á Luísa). Ha sido idea suya.

Y salió, dejándolas solas.

Algo intimidada, turbada, nerviosa, y con el pensamiento y el corazón puestos en aquél con quien pronto iba á unirse para siempre, la joven permanecía inmóvil y silenciosa en medio del salón, ataviada con su blanco traje de novia.

Silenciosa también la contempló su madre con admiración y con respeto. Después, en un arranque de amor maternal, corrió hacia ella, y la cogió en brazos.

—¡Tened cuidado!—dijo Luísa, tratando de sustraerse á aquellos transportes, y pensando en su precioso traje de desposada, que su madre podría arrugar y estropear.

—Es verdad (dijo Leona tristemente). No me acordaba.

Y al mismo tiempo se volvió para enjugar una lágrima que las palabras y la actitud de Luísa habían hecho subir desde su corazón hasta sus ojos.

Leona no se hacía ilusiones; comprendía que

aquella niña no podía corresponder á su inmenso cariño. Luísa la conocía solamente desde aquel día en que, atravesándose en su camino, la gritó: «Soy tu madre». Y á estas palabras se habían desvanecido los dorados sueños de la joven: desde que las oyó, obstáculos insuperables se elevaron entre ella y Armando... ¡Aquella recién venida, sólo la llevaba decepciones y sufrimientos! ¡Ah! Pero Luísa ignoraba lo que su desgraciada madre había sufrido por ella, y nadie la había dicho: «Si hoy te casas con el hombre amado, si vas á ser feliz, lo debes á las súplicas, al amor de tu madre, á sus esfuerzos y á sus sacrificios de todas clases».

Luísa, sin embargo, sentía todo esto, lo adivinaba, y amaba por instinto á aquella mujer que tanto parecía adorarla; pero en aquel momento su imaginación estaba completamente fija en la ceremonia que la esperaba, en el solemne acto que iba á realizar, y en su amor por Armando, que apagaba todas las demás afecciones.

La condesa de Orchamps se había sentado, para no volver á caer en la tentación de abrazar con demasiada viveza á su hija, y la miraba, con la espalda encorvada, los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las manos.

Luísa seguía siempre en pie, no atreviéndose á sentar por no arrugar la hermosa tela de su vestido.

—Llevas un traje elegantísimo, Luísa mía.
¿Quién te ha dado tan ricos encajes?

—Es el regalo de boda del señor Dubreuil.

—¡Ah! Son magníficos.

Y pensaba: «Su madre no se ha atrevido á regalarla nada.»

Siempre con los ojos fijos en ella, la preguntó:

—¿Qué pensáis hacer después que se acaben las ceremonias de la boda?

—Iremos á almorzar á casa del padre de Armando; pero sin ningún cumplimiento, en familia.

¡En familia! ¡Qué cruel era aquella palabra, dicha con tanta naturalidad!

—¿Y luego?

—Partiremos para Italia.

—¿Solos?

—Sí, los dos.

—Esta es la regla general, pensó Leona. Todas las madres tienen que sufrir que un extraño se lleve á la hija querida de que nunca se han separado ni un minuto. Las demás no se quejan; ¿por qué he de quejarme yo?

Sin embargo de esto, no pudo menos de decir:

—¿Y ya no te veré?

—Vos tenéis la culpa (dijo Luísa, sonriendo tímidamente). No habéis querido pasar el día con nosotros, ni asistir á nuestro matrimonio.

—Sí, sí, es verdad; pero no podía, no debía...

Te aseguro, hija de mi alma, que no debía.

Y con lágrimas en los ojos dijo tristemente, volviendo á su idea fija:

—¿De modo que ya no te veré?

—Á menos que no vuelva yo... esta noche... antes de partir,—dijo Luisa en voz baja, y como si temiese haber avanzado demasiado, y que no la dejasen volver.

Su madre la comprendió, y dijo con precipitación:

—No, no; no vuelvas; no tendrás tiempo.... Podrías deshacer los proyectos de tu marido.... Entrégate hoy por completo á tu felicidad.

—¿Estáis llorando?—dijo Luisa, aproximándose.

—No..., no hagas caso...; no es nada.

Y al mismo tiempo la estrechaba las manos y la miraba con delicia.

—¿Qué bien están las flores de azahar en tus cabellos!... ¡Te encuentro adorable así!... ¡Qué distraída estás! ¡Oh!, pero no te censuro: es muy natural.... Sólo algunos minutos han transcurrido, y me han dado media hora. Soy tan feliz al verte en mi casa, donde ya nunca volverás.... en la que jamás te he de ver....

—¡Oh! ¿Por qué?

—Porque te vas...., y yo también pienso hacer un viaje muy largo.... Pero tienes el velo mal colocado. Ven, te lo arreglaré yo.

Y se detuvo mucho tiempo en colocarla el velo, para mirarla más de cerca y para sentirla á su lado. Después, inclinándose con mucha precaución, la besó en la frente.

Luisa no volvió aquel beso, como su madre acaso esperaba. Entonces Leona, á pesar de su resignación, no pudo menos de murmurar:

—¡Ah! ¡Qué indiferente eres conmigo!

Y añadió, animándose y hasta mostrándose irritada:

—Si no puedes quererme, fíngelo, ó, por lo menos, trata de hacérmelo creer en estos cortos instantes.... Sufro horriblemente al verte así.... ¡Ah! Tú no lo comprendes, no lo puedes comprender....; pero si algún día tienes hijos.... y te rechazan.... y son insensibles á tus caricias...., ¡ya verás, ya verás!.... Pero esto no es posible. Tus hijos estarán siempre contigo, y te adorarán. No te verás forzada á separarte de ellos como yo.... ¡Ah, hija mía, hija mía!.... ¡Hazme feliz aunque no sea más que un momento!.... ¡Mira que soy tu madre!.... Yo no he conocido á la mía, y también ese cariño me ha faltado. Nadie ha guiado mis primeros pasos en la vida. Nadie me ha dicho: «Este es el bien y este es el mal»; nadie me ha querido.... ¡Qué infancia la mía y qué juventud!.... No he sido nunca feliz hasta el día en que tú naciste, Luisa mía....; pero apenas comenzabas á andar, á reconocerme

y á tenderme tus bracitos , me vi obligada á separarme de ti , á confiarte á los cuidados de otros , y á ocultarte que era tu madre....; y hoy , hoy que puedo llamarte «hija mía!» y abrazarte , no me devuelves mis besos , y no puedo conseguir que me quieras.

—¡Madre mía , madre mía!—dijo Luísa , con voz sofocada y cogiéndola las dos manos.

—¡Ah.... , gracias , gracias!.... Has tenido un buen movimiento.... Pero estás llorando , mi amor.... ¡Oh , no por Dios!.... ¡En un día como este.... , yo misma hago llorar á mi hija!

Y enjugaba los ojos de Luísa sonriéndola , para hacer asomar la sonrisa á sus labios.

—No llores , mi bien (decía). No quiero que esos hermosísimos ojos tengan hoy las huellas del llanto.... ¿Qué dirá tu prometido , tu marido?

El ruido de un coche que se detenía ante la puerta se dejó oír.

—¡Ah! (exclamó Leona con angustia.) ¡Es el señor Dubreuil , que viene á llevarse mi felicidad!

Entonces cogió las manos de su hija , y dijo con voz tierna y suplicante:

—Mi emoción es más fuerte que yo.... No puedo acostumbrarme á la idea de que no te volveré á ver.... Antes me has dicho que tal vez vendrías luego.... ¿Me prometes tratar de hacerlo así?

—Sí , os lo prometo.

—Bien , bien ; eso me basta.... Lo conseguirás de seguro.... Armando no sabrá rehusarte nada en este día.... Le dices , para convencerle , que yo también voy á partir por mucho tiempo.... Para siempre tal vez....

—¡Oh!....

La puerta se abrió , y apareció el señor Dubreuil.

—¡Lléváosla , lleváosla pronto (gritó Leona), que mi valor se acaba!

Y salió precipitadamente del salón , antes que Luísa y el señor Dubreuil tuvieran tiempo de despedirse de ella , yendo á refugiarse á su habitación , donde se dejó caer en una butaca y estalló en sollozos.

XVII.

Media hora después, el reloj de la alcoba de Leona daba las doce.

—Ahora entra en la iglesia,—dijo la infeliz, enderezándose bruscamente, al salir de su arrojamiento.

Entonces un deseo invencible de verla y de asistir á la ceremonia se apoderó de ella.

—Me confundiré entre la multitud. Me esconderé. Nadie me conocerá yendo bien tapada; pero quiero verla, quiero verla.

Llamó, y mandó que fueran á buscarla un coche; se echó sobre los hombros una manteleta oscura y se puso un sombrero negro, con un velo que la cubría parte del rostro.

Cuando vinieron á avisarla que el carruaje esperaba á la puerta, estaba ya dispuesta, y se lanzó corriendo por la escalera.

Algunos minutos después llegaba á Saint-Roch, donde tenía lugar el matrimonio.

La misa había empezado, y la iglesia estaba llena de genté.

Leona no quiso entrar en la nave central, porque algún invitado hubiera podido reconocerla, y siguió el costado de la izquierda, que conduce á la sacristía. Rodeó después el altar mayor, y cuando se volvió, se encontró frente á los novios. En esta posición podía verlos perfectamente, detrás de la balaustrada y confundida entre algunos curiosos.

Luísa estaba arrodillada, y parecía orar con gran devoción. Al verla, Leona se arrodilló y rezó también. ¡Ah! ¡Aquella oración ferviente de una gran pecadora arrepentida y purificada por el amor maternal, debió llegar hasta Dios!

Cuando levantó la cabeza, Luísa estaba mirando hacia aquel lado. Se hubiera dicho que la estaba viendo, que la adivinaba, que una corriente de misteriosa atracción se establecía entre las dos, y que la sentía á su lado.

El sacerdote bendecía á los esposos; las campanas sonaban, el órgano dejaba oír una música dulcísima, y el incienso subía como mensajero de las plegarias que los fieles dirigían á Dios. En aquel momento, la cándida doncella, convertida en una mujer casada mediante algunas oraciones y palabras, se prosternó de nuevo; y su ma-

dre, arrodillada enfrente de ella, se abismó con todo su ser en el ruego más tierno y que con más ardiente afán puede hacer una mujer; en el de la felicidad de su hija.

Un gran movimiento se produjo en la iglesia.

Todos los curiosos se agolparon al sitio donde estaba Lucía Aubré, colocándose delante de la puerta que conduce á la sacristía, para ver pasar mejor á los recién casados.

Al mismo tiempo, en el coro se oían cuchicheos, y en la iglesia el movimiento de sillas de los que iban dejando sus sitios, y los saludos en voz baja de los invitados.

Todas las campanas tocaban á un tiempo, y por la gran puerta de la iglesia, que estaba abierta de par en par, penetraban alegres rayos de sol. Á los graves acordes del órgano habían sucedido los ruidosos repiques de las campanas.

También Lucía Aubré se colocó al lado de la puerta de la sacristía, pero en segunda fila; bastante cerca para ver, y bastante lejos para no ser vista.

Su hija se acercaba, precedida por el suízo, que hacía sonar su gran bastón sobre las losas de la iglesia.

Luísa andaba con timidez, un poco pálida y conmovida, pero siempre encantadora y graciosa como una hada.

Á su paso un murmullo de admiración se

despertó en derredor , y Leona oyó por todas partes estas palabras: «¡Qué preciosa es la novia!... ¡Qué gracia y qué distinción!... ¡Mirad qué bien vestida está!... ¡Parece una reina!... ¡No se ven todos los días novias como ésta! »

¡Aquella que todos alababan así , era su hija !
¡Su hija , á quien todo el mundo envidiaba ! ¡Su hija , que acababa de entrar en una familia honrada , que llevaba un nombre respetado ! ¡La hija de la pobre Leona se llamaba la señora de Clairvaux !

¡Ah ! ¡ahora sí que no sentía haberse separado de ella , haberla educado en secreto , haberse escondido en la sombra para ponerla en la luz ! ¡Cuánto se alegraba de todos sus sacrificios !

Cuando Luísa pasó á su lado , la miró y sonrió. ¿La había visto ? Leona lo creyó , ó quiso creerlo , y entonces , completamente satisfecha , casi gozosa , orgullosa de aquel matrimonio , orgullosa de su hija , y orgullosa de sí misma por haber cumplido con sus deberes hasta el fin , se perdió entre la multitud , salió de la iglesia , y entró en su casa.

XIX.

La pobre madre esperó ansiosa y anhelante. ¿Vendría Luísa ? ¿Se lo permitiría su marido ? Ahora ya , como estaba casada , él podía disponerlo todo ; él era el amo. ¿Seguiría haciendo las concesiones que había hecho por la mañana ? Y aun cuando su marido se lo permitiera , ¿podría escaparse de casa de su padre político , sustraerse á las protestas y á las efusiones de sus parientes y amigos ? Tenía que partir aquella misma noche á las siete , y el tiempo la iba á faltar casi de seguro. Además , su amor , el ruido y el movimiento que había desde por la mañana á su alrededor , cosas que habían de aturdirle y